

dos grandes genios, el militar y el Sacerdotal corrieron ambos al socorro de la Francia perdida, llorosa, sin creencia, sin leyes, presentándole el uno su espada, el otro su palabra, el soldado el órden y la regla, el Sacerdote la fé y la creencia, el uno que abre los templos cerrados, el otro que llena los templos vacíos. El uno que viene del Oriente para ser rey absoluto, y el otro que vuelve del destierro y de la muerte para ser profeta escuchado; el soldado que es el señor por la fuerza, el sacerdote que es el señor por la conviccion; el uno que debia desaparecer más tarde, arrastrando á toda su obra con él, no dejando más que su fama; el otro que no puede morir; que nos alimenta siempre con su fé, y que comienza á gozar de aquel noble triunfo que alcanzó sobre las pasiones impías é incrédulas, más dichoso que el del emperador Napoleon que no venció á la revolucion sino por un dia.

CAPITULO XI.

DOCTRINA DEL SACERDOTE CATÓLICO,
PRINCIPIO SOLO DE VERDAD, DE VIRTUD, DE ÓRDEN,
DA SALUD Y DA GLORIA EN EL MUNDO.

Un solo Dios, una sola Iglesia, un solo bautismo. Con esta divisa, el Sacerdote católico ha marchado á la conquista del mundo; por esta doctrina de verdad y por este espíritu de unidad, carácter esencial de todo lo que es verdadero, ha comunicado la vida á la sociedad. La verdad es tan útil al hombre como el error le es funesto; porque la virtud conduce á Dios, mientras que no hay error que no tienda, en todo es-

piritu consecuente, sino al ateísmo, último refugio de la ignorancia y de la irreflexión. Necesario es, pues, indispensable al hombre, vivir en la verdad para vivir en la unidad, es decir, en el orden, en la fuerza. Queriendo Dios, pues, que todos lleguen al conocimiento de la verdad, natural era que la depositara sobre labios escogidos y en un corazón propio para hacerla conocer. *Deus vult omnes homines salvo fieri, ad agnitionem veritatis venire*, dice San Pablo.

Pero ¿qué hombre será tan influente para presentar la verdad á sus semejantes, sin que estos le digan; qué más tienes tú que yo que la niego y no creo en ella? A este hombre por más sabio que sea se le pondrá otro sabio, y así continuaremos de individuo en individuo, sin poder jamás encontrarla en ninguno. La autoridad de un pueblo, ¿será suficiente en tal caso?—Qué es pueblo? Un conjunto de hombres divididos hasta lo infinito por opiniones diferentes, incapaces por consiguiente para hacer fijar nuestros espíritus; la razón del número, la mayoría de creyentes, la soberanía del pueblo, la autoridad universal, en fin no son una garantía incontestable de la verdad; porque no se puede juzgar por el número de los que profesan tal ó tal doctrina, en tal ó tal tiempo, ni por el

pequeño número de los hombres que la historia dá á conocer que han dejado ellos mismos sus opiniones escritas, ni por el pequeño número de los contemporáneos. Sobre dos hombres, pues, como sobre dos libros, no es raro encontrar uno que niega y otro que duda.

La autoridad de los gobiernos políticos, ¿será de más peso? No lo creemos, hoy sobre todo, en que los vemos diferir entre sí, tanto en su fé como en sus formas. Lo mismo son los gobiernos que admiten toda verdad religiosa, que los que no reconocen ninguna religion; porque admitirlas todas, no es aceptar ni reconocer ninguna.

Solo nos resta la autoridad religiosa, la autoridad del Sacerdote católico. Cuando consultamos los anales de los pueblos para pedirles el origen y fundamento de esta autoridad, que desde el Calvario remonta hasta los patriarcas, y al primer hombre, para descender despues hasta nosotros; cuando la consideramos en su admirable gerarquía de los miembros que la componen, obrando todos de acuerdo como si fuera un solo hombre; cuando la consideramos con todo el aparato esplendente de sus ornamentos, el brillo de su palabra, el número prodigioso de sus libros, las magníficas solemnidades de su cul-

to, la elegancia, elevacion y grandeza de sus templos; cuando la consideramos sentada en la ciudad eterna, como en el centro del universo, fijos todos los ojos sobre ella, y atrayendo todas las miradas; cuando la consideramos adornada con todos los atributos de su poder, de su luz, de su amor para enseñar la verdad á todos sus miembros indistintamente, ya sean dignos ó indignos, viciosos ó virtuosos; cuando la consideramos en medio de todas las instituciones humanas, la sola que siendo siempre atacada, siempre ha salido victoriosa; cuando, en fin, la consideramos respetada y seguida por los más grandes pueblos, los más grandes hombres: entónces no podemos ménos que admirarnos, sorprendernos; entónces el brillo de su gloria, tanto como el misterio de su existencia, nos deja aterrados prorrumpiendo inmediatamente, que es el único principio de verdad.

Y ¿qué otra autoridad, fuera de la del Sacerdote católico, podrá encontrarse en armonía con la unidad de la fé, de la ley, de la verdad, principios esencialmente constitutivos de toda sociedad? La verdad es una: la autoridad que enseña no puede ser más que una, como ella misma y con ella misma. En geometría la línea recta es una, indivisible, inflexible, no pudiendo

inclinarse á ninguna combinacion extraña á su esencia; la curva, al contrario, se multiplica, se divide hasta lo infinito. En religion, la verdad es la línea recta, el error es la curva. Suponed un millar de católicos, todos no tendrán más que un pensamiento, un corazon, una alma. En igual número de desidentes, ancontrareis un millar de pensamientos diferentes, un millar de corazonnes desiguales en lo que desean, un millar de almas que piensan diferente. Y ¿por qué todo esto? Porque los primeros sacan la verdad de su frente, y los otros la buscan, la quieren hallar en sí mismos, esto es, la quieren hallar donde no se halla, donde no pueden estar ni encontrarse.

Se replicará: y ¿por qué Dios no ha hecho mejor un milagro para hacer conocer la verdad? Porque la autoridad siempre subsistente en el sacerdote católico, es el más grande de los milagros. Por esta autoridad, se insistirá, son hombres los que la componen, los cuales la habrán hecho para explotarla en provecho suyo. Hé aquí un error: estos hombres no han hecho la autoridad, la han recibido, han sido establecidos para ser órganos de ella, hé aquí todo: y en el sistema dado á la humanidad, Dios pudo mejor emplear los hombres, para hablar á los hom-

bres; y éstos, lejos de explotarla en su provecho, vemos que se someten ellos mismos á ella. No se olvide, además, lo que en otra parte hemos dicho, y no nos cansaremos de repetir, que no son hombres como los otros, porque ellos tienen alguna cosa de más. Y si las cosas pequeñas pueden compararse á los grandes, diremos que aquí sucede lo que con un embajador: este representa no solo al príncipe sino que también es el ciudadano. La autoridad del príncipe lo cubre con su autoridad, y por esto los honores que se le tributan cuando habla: no habla como simple ciudadano; habla, discute y obra en lugar del príncipe que lo envió. Sus credenciales son una especie de consagración política que lo hace inviolable: cuando se falta al embajador, al príncipe se falta y á la nación que representa. El Sacerdote católico ha recibido en su ordenación sus credenciales para ejercer su misión, por las manos del Pontífice: Dios lo ha revestido de su autoridad: luego hay en él más que un hombre; hay Dios, como en el embajador hay príncipe.

Los atributos de esta autoridad resaltan todos por su esencia misma. Es infalible, es intolerante; infalible en sus decisiones universales. Si fuera de otra manera, se seguiría que la verdad

fuera incierta por un momento, lo que no puede admitirse sin blasfemar contra Dios. Intolerante en su voluntad; si tolerara otras voluntades diferentes de la suya, sobre todo, voluntades que le fueran contrarias, cesaría de ser el órgano de la verdad. Habría tantas opiniones como voluntades. Mas este doble carácter de infalibilidad é intolerancia merece alguna explicación. Cuando el Sacerdote católico pronuncia su juicio sobre los derechos, sobre los deberes, sobre las verdades dogmáticas que son su fundamento, solo entonces es infalible, pues que en calidad de hombre puede errar. Por esto comienza siempre en someterse él mismo, cuando manda á los otros que obedezcan.

Es intolerante, pero con respecto á los errores, no con relación á los hombres ni por lo que ve á su conducta. El sacerdote se irrita contra el pecado, jamás contra el pecador: ora, enseña, alienta, reprende, advierte, declara que habeis desobedecido, que no haceis parte de su familia: excomulga, en fin, aquí termina su misión y su poder, porque allí comienza entonces la autoridad política. Bajo el yugo del sacerdote católico la voluntad y la acción son libres, pero no el espíritu. Su verdadera libertad es la sumisión. Notaremos de paso que este doble carácter de

infalibilidad é tolerancia, es legítimo, necesario é inevitable: ningun hombre sabria disputárselo sin atribuirselo á sí mismo. El hombre que dice á la autoridad: os engaÑais, dice por lo mismo, yo no me engaño; y cuando increpa al sacerdote por intolerante, él mismo es, por una contradiccion extraña, tan exclusivo é intolerante como puede serlo: la verdad es ménos intolerante para el error que el error lo es para la verdad. Todo el mundo es esencialmente exclusivo de sus adversarios, y se quisiera que solo el sacerdote aceptase los suyos. Asi, pues, la oposicion que algunas veces es un deber en política, es un crimen en religion.

Ved los atributos espirituales del sacerdote católico: ved sus prerogativas bajo el aspecto de autoridad en materia de doctrina. Veamos ahora sus atributos temporales. El Papa, padre comun de los fieles, es el jefe de la Iglesia y rey de Roma. Se tienen Obispos, duques y pares; y como tales dignidades han llegado á ser con el tiempo y nuestras costumbres un gran medio de proselitismo y de caridad, asi seria extraño que la ley de Dios las condenase en sí mismas; y mientras que unas son usurpadas por los ambiciosos, por intereses particulares; se quiere que

fuesen ellas prohibidas al sacerdote católico para el orden y salud pública?

No se trata ahora de aquella ambicion que se ha pretendido arrancarle al clero, porque dicen que le sirve para regentear y avasallar á los príncipes. Fácil es probar con la historia en la mano, que si alguna vez el Papa la ha tenido sobre los reyes no lo ha hecho sino ante los tiranos. Esta pretension, repito, que pudo tener, y legítimamente ejercer en la infancia social del cristianismo, sería á sus propios ojos, dicen, un crimen ahora. No conozco error más grosero, ni calumnia más pérfida que imputarle.

Vedle desde 1830, tolerar, reconocer las nuevas dinastías que surgian, convenir con ellas, recordando constantemente á los fieles el deber de la obediencia y decir á los franceses del siglo XIX lo que San Pablo decia á los romanos en el primero: ¿No quereis tener nada que temer de los poderes? haced el bien. ¿Y de qué modo usurparia el Sacerdote católico la autoridad civil? Su reino no es de este mundo, es rey, pero lo es de la inteligencia, y tal imperio de la inteligencia, es el del amor.

Y ¿cuáles son los mandamientos del Sacerdote católico? Vedlos aquí: nos enseña la fé, la esperanza, la caridad, trinidad de virtudes que